

Aun así, es necesario destacar el papel desempeñado por algunos emprendimientos editoriales cercanos a esta historiografía renovadora, como las colecciones El Pasado Argentino o Dimensiones Argentinas, dirigidas por Gregorio Weinberg en Solar Hachette, o las impulsadas por Boris Spivacow desde Eudeba o el Centro Editor de América Latina. En ellos, poner los libros al alcance de todos significaba fundamentalmente oficiar de mediadores entre el saber de los especialistas y el gran público. No fueron pocos los historiadores que encontraron en estos proyectos un modo de ganarse la vida y de seguir vinculados a actividades profesionales cuando se vieron impulsados a alejarse de las universidades tras el golpe de Estado de 1966.

Los quiebres institucionales y las dictaduras que asolaron a la Argentina y la región entre mediados de los años sesenta y principios de los ochenta alterarían radicalmente el campo científico y el mundo académico. La intervención de las universidades, el desmantelamiento de proyectos e institutos, el control ideológico, la persecución, la censura y el exilio truncaron los desarrollos historiográficos y los emprendimientos culturales renovadores.

A pesar de las características, enunciadas al comienzo, con que se reconfiguró el campo profesional luego de la transición democrática, en los últimos años un conjunto de circunstancias contribuyeron a reposicionar la divulgación histórica dentro de los intereses de la historiografía profesional. La mayor visibilidad pública de los discursos sobre el pasado, acicateada por los efectos de la crisis de 2001, los bicentenarios y su invitación a pensar acerca del presente y el futuro, y las políticas estatales relacionadas con la memoria del pasado reciente, impulsó a un conjunto de historiadores a revalorizar las virtudes de la intervención en el espacio público.

Coadyuvó a este proceso la creciente insatisfacción frente a uno de los resultados del repliegue de la profesión sobre sí misma, el divorcio del gran público, y sin duda,

la convicción en algunos ámbitos de la necesidad de recuperar la capacidad orientadora de la historia. Finalmente, también comenzó a abrirse paso una visión menos omnipotente sobre la historia, que reconoce la polifonía de voces que hablan sobre el pasado y la pluralidad constitutiva de la cultura histórica, en la que sedimentan visiones de aquél producidas por diversos agentes como la escuela, los medios de comunicación masiva, los museos, el patrimonio, las empresas editoriales y multimediales. En esas elaboraciones que hacen las sociedades de su experiencia histórica, los relatos historiográficos carecen de exclusividad alguna.

La apertura del mercado laboral para el desarrollo de actividades ligadas a la divulgación histórica que amplían las tradicionales salidas profesionales vinculadas a la docencia y la investigación también estimuló a jóvenes generaciones de historiadores a valorizar esta faceta del trabajo historiográfico.

Pero tender puentes entre el mundo profesional y el gran público no es solo cuestión de voluntad y buenas intenciones. Involucra el manejo de un conjunto de conocimientos y habilidades para producir a un mismo tiempo una historia entretenida y accesible pero sin resignar ni distorsionar la explicación de los procesos históricos en su

complejidad y en su indeterminación.

Simplificar ideas complejas no es lo mismo que producir enunciados simples. Brindar explicaciones que hagan comprensible el mundo social a audiencias vastas exige un registro comunicativo distinto al de la comunicación científica pero el mismo rigor, profesionalismo y sustento en la prueba que la actividad académica. Hacer una divulgación histórica de calidad, que se apoye en un conocimiento exhaustivo, documentado e investigado, requiere de un aprendizaje del oficio que la propia academia debería fomentar. Los historiadores deberíamos aprender la manera de transmitir a todos los públicos la capacidad de la historia para estimular la reflexión crítica sobre la realidad y sobre los relatos que se construyen para explicarla.



## Félix Luna, historiador

Por Omar Acha\*

### Un escritor riojano oriundo de Buenos Aires

**F**élix Luna Polledo nació en la Ciudad de Buenos Aires el 30 de septiembre de 1925. Su padre fue un dirigente de la Unión Cívica Radical, el riojano Carlos Luna Valdés, y su madre, la porteña María Luisa Adriana Polledo Llamas. Félix "Falucho" Luna se casó con la riojana Felisa de la Fuente Romero, con quien tuvo tres hijas. Luna fue un escritor polifacético: entre otros géneros, cultivó la narración en prosa, la poesía, el periodismo, el guión cinematográfico, la letra musical, el ensayo político y la escritura histórica. De familia católica por parte de madre, siguió estudios secundarios en el Colegio del Salvador, donde el erudito jesuita Guillermo Furlong hizo que se interesara por los sucesos del pasado. Estudió Derecho en la Universidad de Buenos Aires. De 1944 a 1946 aparecieron algunas notas de corte genealógico en la *Revista de la Junta de Historia y Letras de La Rioja*. Mientras cursaba en las aulas universitarias, en 1950 se publicó su primera investigación histórica dedicada

a la batalla del Pozo de Vargas, recogida décadas más tarde en *De comicios y entreveros*. Luna no siguió estudios historiográficos sistemáticos. En su formación convergieron la lectura de trabajos de historia política tradicional, como las *Historias* de Bartolomé Mitre y la *Historia de la Nación Argentina* dirigida por Ricardo Levene, con una extensa cultura literaria, sobre todo argentina y española. Sin embargo, es necesario aclarar que esos antecedentes son insuficientes para explicar su estilo histórico.

Luna tuvo un paso intermitente por la política. En 1951, año en que se graduó de abogado, lo detuvieron y encarcelaron por su activismo estudiantil en el marco de una huelga ferroviaria. Fue toda su vida un simpatizante del radicalismo, en el inicio yrigoyenista y luego frondizista. Ejerció cargos públicos secundarios de 1956 a 1962 y de 1962 a 1989. Una vez agotada la experiencia frondizista, en 1962, se lanzó con decisión a la escritura histórica.

\* Historiador. Docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires.



Félix Luna habla en el Club del Progreso en el homenaje a los 35 años de la revista. A su lado, la vicedirectora María Sáenz Quesada. Buenos Aires, 20 de mayo de 2002. Gentileza de Felicitas Luna.

Con obras como *Los caudillos* (1966) y *El 45. Crónica de un año decisivo* (1969), y con la dirección de la revista de divulgación *Todo es Historia* desde 1967, Luna se constituyó en la encarnación argentina del historiador masivo, solo comparable en la época con el José María Rosa de la *Historia argentina*. El éxito editorial de un libro de síntesis, *Argentina. De Perón a Lanusse* (1973), confirmó su popularidad, inseparable de la repercusión de sus trabajos como letrista, especialmente para la música de Ariel Ramírez. La publicación de la trilogía sobre el primer peronismo, *Perón y su tiempo*, consolidó durante la inmediata posdictadura el lugar central que ocupó en la alta divulgación histórica. Pero fue con la autobiografía ficcional *Soy Roca*, de 1989, que se

consagró en las librerías y en el mundo cultural argentino. La referida ductilidad intelectual de Luna le permitió transitar entre registros literarios de diversa naturaleza. Y si bien la historia constituyó el espacio en que plasmó sus trabajos más prolongados y tal vez más significativos, para él no había un abismo con sus otras producciones. Seguramente un estudio profundo debería recorrer los vasos comunicantes entre sus diferentes preocupaciones, pues las enlazó en una trama compartida. Este trabajo, imposibilitado de seguir esas huellas para recomponer el escenario de escrituras en Luna, se ocupa solo de los textos vinculados con la memoria narrada del pasado, es decir, con la historia.

## El hilo conductor de un estilo: las biografías políticas

En diversas oportunidades Luna ofreció una idea de su perfil como historiador narrativo. Hay dos temas recurrentes en sus obras: las líneas o genealogías nacionales y las biografías como condensación del cambio. Ambas se enlazan y están presentes en sus textos. Veamos el tema de las trayectorias históricas enfrentadas. Luna definió alguna vez la pregunta orientadora del siguiente modo: “¿Qué somos, para qué estamos, qué nos pasa, por qué somos así y no como otros?” (*Breve historia de los argentinos*). En alguna entrevista mencionó que antepasados suyos conocieron a los caudillos Facundo Quiroga y Ángel Vicente “Chacho” Peñaloza. También recordó que su esposa tenía precedentes históricos riojanos; sin embargo, en otra bandería de las divergencias locales era bisnieta del montonero Severo Chumbita. Aunque porteño de nacimiento y de residencia a lo largo de su vida, Luna supo situarse en ese punto de

vista riojano, de provincia y federal. No fue difícil hacerlo para un joven que asumió —otra vez en la inclinación a continuar tradiciones familiares— el radicalismo como identidad política y cultural, y por la clave yrigoyenista primera, su iniciación a la imaginación histórica revisionista —no exactamente al revisionismo de un nacionalismo reaccionario y elitista desarrollado entre las décadas de 1920 y 1940—. Debemos recordar que durante los años de entreguerras en la Argentina hubo una ola de revisionismo histórico donde fueron reconocibles diferentes alternativas. La vertiente más conocida es la nacionalista-reaccionaria ya mencionada, pero hubo otras ofertas como la católica, la comunista y, para lo que aquí interesa, la radical. El grupo FORJA propuso su fórmula revisionista radical en la pluma de Raúl Scalabrini Ortiz, pero también avanzó en una revisión relativa a los caudillos con los historiadores

profesionales Emilio Ravignani y Diego Luis Molinari. La recuperación moderada de la tradición federal y no liberal realizada por parte de Luna, especialmente en *Los caudillos*, pertenece a esta última familia revisionista. En el prólogo de esa obra escribió una frase de tono revisionista: “La versión liberal de la historia no es otra cosa que la superestructura intelectual del programa de gobierno instaurado en el país después de Pavón”. Armando Raúl Bazán, en *La Rioja y sus historiadores*, designó al de Luna como un “revisionismo esteticista” en razón de la carga literaria de sus textos. En realidad el suyo fue un revisionismo crítico pero encaminado hacia la conciliación de las partes. En Luna, la oposición de Buenos Aires y el unitarismo con el caudillismo es enmendada como un proyecto de integración ulterior. De acuerdo a su relato, los caudillos carecieron de una proyección futura y fueron aniquilados por las transformaciones económicas del siglo. Sin embargo, para el revisionista radical, de alguna manera subsisten hasta el presente, porque perdura la posibilidad de un regreso. Como escribe en el volumen de 1966: “un hombre dice las palabras adecuadas y a su conjuro crece un bramido de pueblo enamorado. Y esas convocatorias civiles del último medio siglo siguen teniendo el mismo perfil que tuvieron las que condujeron antaño los caudillos ecuestres. El mismo perfil arrollador, jocundo, feroz, testarudo y sobrador; aunque sus protagonistas numerosos se llamen radicales, yrigoyenistas o peronistas”. Los escritos biográficos de Luna sobre el radicalismo, dedicados a Yrigoyen, Alvear

y Ortiz, procuran incorporar a tales dirigentes en el linaje federal y popular; también los relativos al peronismo, que como veremos versan sobre Perón. Un segundo núcleo del estilo de Luna consiste en trazar biografías de personajes del ámbito político. Sus trabajos iniciales se ocuparon de los presidentes radicales. Su primer libro histórico fue *Yrigoyen. El templario de la libertad*, publicado en 1954. Fue un libro más político que histórico. Yrigoyen no iluminaba un problema histórico, era un “templario”, por lo tanto inmarcesible. Fue tal vez su texto más abiertamente activista y sesgado. Posteriormente Luna logró contener sus entusiasmos para advertir los claroscuros de todo individuo complejo. Así, en el *Alvear* de 1958 incluyó una honesta discusión sobre el episodio de corrupción en torno a la empresa eléctrica CHADE. Luna nunca desarrolló una historia social ni un análisis cultural. Se mantuvo ajeno a las propuestas historiográficas más novedosas. Tal vez la afinidad con el frondizismo haya estimulado una sensibilidad contemporánea hacia lo económico, pero sus efectos no se perciben en los relatos históricos. Su manera de comprender las transformaciones históricas fue —para otorgarle un nombre— romántica: para Luna un individuo significativo (Rosas, Roca, Perón) revelaba la época en que había vivido. En tal sentido, siempre fue sarmientino, aunque discutiera al autor del *Facundo*. Narrar vidas implicaba de alguna manera narrar la era histórica, es decir, la sociedad en que el individuo actuó. Sin embargo, hay algo más, también de naturaleza romántica.

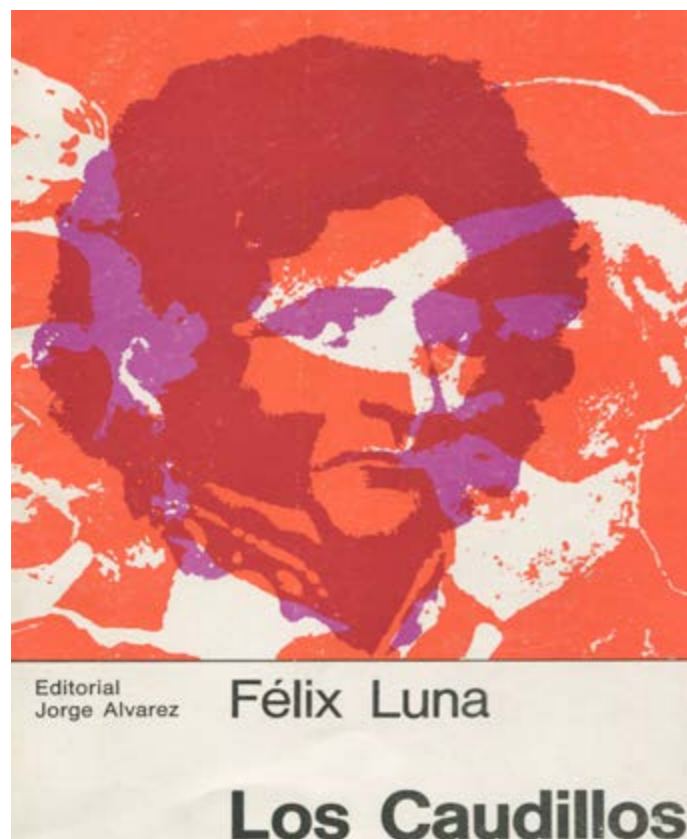


Félix Luna periodista, Buenos Aires, noviembre de 1965.

## Del caudillismo al peronismo

La prosa de Félix Luna enfatizó la sensibilidad de los héroes retratados. No fueron solo individuos importantes, mandantes, con sus ambigüedades. Fueron también seres deseantes, corporales. Hay entonces un fondo sensual en la historia de Luna, que afecta a las figuras principales, pero también al resto más anónimo del relato. El ejemplo esencial es el del 17 de octubre de 1945 —desde luego, relatado en su libro *El 45*—, donde el acontecimiento ocurrido en Plaza de Mayo exacerbaba una contingencia erótico-corporal, el perdurable lazo pasional de las multitudes con su líder liberado.

La secuencia de biografías hilvana la obra que procuró el primer reconocimiento de Luna como historiador público, accesible a un lector culto pero no necesariamente académico: *Los caudillos*, de 1966. El libro está compuesto por las vidas políticas de Artigas, Ramírez, Quiroga, Peñaloza y Felipe Varela. Por razones ya expuestas, sería infructuoso indagar en las narraciones de Luna interrogaciones propias de una historia social: pertenencias sociales de caudillos y montoneras, aspectos económico-laborales de las adhesiones a tal o cual dirigente, imaginarios del poder vigentes en las disputas en curso, etcétera. Para Luna, el enigma histórico de los caudillos consistió en cómo sus decisiones se conjugaron, dramáticamente, en el proceso de conciliación entre los diferentes intereses en una fórmula popular y nacional que los trascendió.



Félix Luna, *Los caudillos*, Jorge Álvarez, 1969.

Esa es justamente la clave de lo que hacia fines de los años sesenta se cristalizó como el interés historiador más perdurable de Luna: Juan Domingo Perón. Nuevamente, Perón no fue solo el individuo Perón, fue su época. Para Luna esa interrogación por su figura era también una pregunta por el desplazamiento del radicalismo de la representación de lo nacional-federal y de lo popular que había sido el norte del yrigoyenismo. Implicaba entonces un debate en el seno de un radicalismo que a su juicio había cedido algo significativo al desviarse de sus orígenes populares.

*El 45* es revelador de la complejidad de Luna como historiador. Escrito por un radical confeso, el volumen de 1969, que reconstruye minuciosamente el año que vivenció el surgimiento del acontecimiento social y político del peronismo, es llamativamente equilibrado. Perón en el exilio criticó al libro, pues delataba el haber sido escrito por un radical. Pero la opinión del líder exiliado era injusta o partisana. En verdad el trabajo de Luna es ecuánime, además de estar sostenido por una detallada indagación documental: constata tanto los errores del naciente antiperonismo como las incertidumbres de un peronismo todavía en formación. El saldo general del relato es que el peronismo fue un actor legítimo en la política nacional, cualquiera sea el análisis del período posterior.

En los tres volúmenes de *Perón y su tiempo*, aparecidos de 1984 a 1986, el método de Luna continuó encaminado al análisis de las acciones de Perón durante sus dos primeras presidencias, porque, como se ha visto, el historiador argentino se representa la historia desde la biografía política. No es que desarraigase a Perón de sus precedentes y de su actualidad, pero el destino de su movimiento fue decidido en último análisis por sus acciones: la aceleración del autoritarismo desde 1953 y la inesperada colisión con el catolicismo a partir de noviembre de 1954. La actuación de los peronistas y la población común, la política de la oposición, las alternativas de los actores, son temas secundarios en el relato de Luna, pues su foco fue siempre Perón. Mas como en *El 45*, el balance general hecho por Luna, quien valoró positivamente las reformas sociales peronistas y deploró lo que llamó “una regresión en nuestra cultura política” debida a su autoritarismo, deseó ser ambivalente. Luces y sombras se entrecruzaban para vislumbrar lo compartido y no tanto las diferencias entre peronistas y antiperonistas. Porque el peronismo fue para Luna un fragmento reciente en una historia argentina cuya narración trazaba el camino en el que las heridas sanarían dentro de la pluralidad de la nación.

## Oposiciones y conciliaciones de la historia nacional

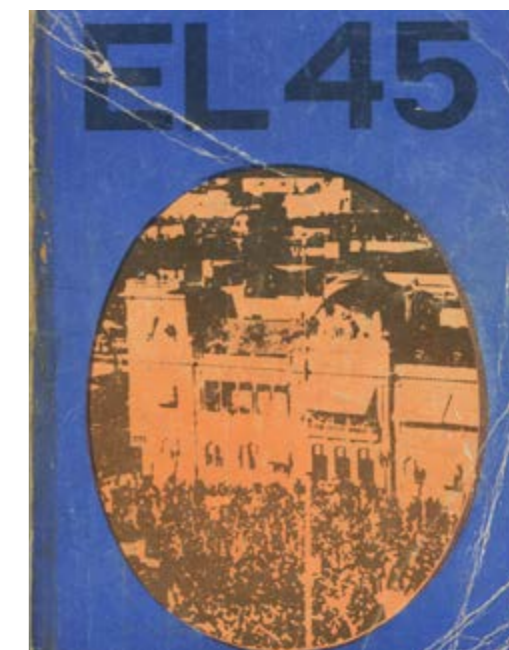
Si la perspectiva histórica de Luna es filiable en un revisionismo radical, tal revisionismo no involucró una mera inversión del panteón de héroes del nacionalismo liberal. El nacionalismo federal de Luna consideró agotado ese proceder que conservaba los términos de la condena (hacer a Rosas virtuoso y a Rivadavia aborrecible) para ensayar una historia menos partisana. En su opinión solo una actitud histórica más equilibrada, y atendida a los hechos, era susceptible de generar una alternativa. El porvenir nacional se dirimía en la posibilidad de integrar las partes en un todo diferenciado pero armónico.

He allí la enseñanza que quiso transmitir en sus textos de investigación y en los de divulgación. Estos últimos estuvieron destinados a un público amplio y deseoso de una síntesis general del pasado. Luna dedicó un prolongado esfuerzo a proveer narraciones de consumo masivo en artículos de periodismo histórico, en libretos y guiones de divulgación, los que luego fueron reconvertidos en libros de amplia circulación.

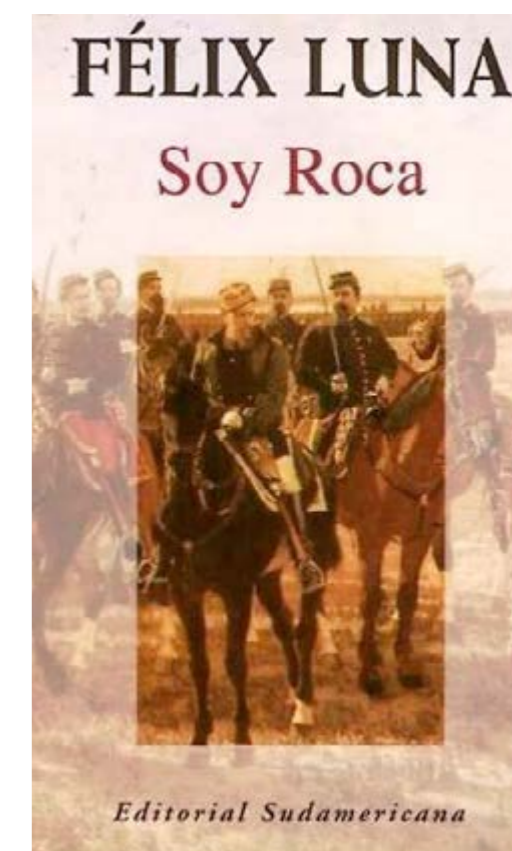
Generados en gran medida en formato de conferencias y artículos de divulgación general, los textos de Luna se detienen en anécdotas y datos llamativos, pero incorporados a una matriz dominante de índole política y en las ya mencionadas líneas de confrontación histórica. Supo que las oposiciones generan un dramatismo atractivo en la lectura no especializada. Ejemplos de ello son los libros relativamente breves para el alcance cronológico descripto: *Conflictos y armonías en la historia argentina*, de 1980, *Buenos Aires y el país*, de 1982, *Fracturas y continuidades en la historia argentina*, de 1992, y *Breve historia de los argentinos*, de 1993. En todos subrayó la escisión entre Buenos Aires y el resto de las provincias del extinto Virreinato del Río de la Plata, el surgimiento de los caudillismos y los antagonismos que, sin embargo, fueron contrapesados por las “armonías” que el país —es el mensaje postrero del historiador— ofrecía para superarlos. La historia contada así entregó un escenario finalmente pacífico y conciliador del destino nacional a un público al que el escritor se aproximaba llamándolo “amigo lector”.

A lo largo de décadas Luna dirigió colecciones de índole histórica, como *Conflictos y Armonías de la Historia Argentina* (homónima de un ya mencionado ensayo de 1980), *Memorial de la Patria*, *Mujeres Argentinas*, *500 Años de Historia Argentina*, *Historia Integral de los Argentinos*. En 1992 fue incorporado como académico de número en la Academia Nacional de la Historia. Dentro del ámbito de la historiografía académica,

estudios como *El 45* y *Soy Roca*, por razones diferentes, fueron positivamente valorados. La vida de Félix Luna se apagó en la Ciudad de Buenos Aires el 5 de noviembre de 2009. Legó una amplia y variada obra a la cultura nacional, de cuyos filamentos históricos estas líneas trazaron una de sus figuras posibles.



Félix Luna, *El 45*, Buenos Aires, Sudamericana, 1972.



Félix Luna, *Soy Roca*, Buenos Aires, Sudamericana, 1989.